

obedecen, principalmente, a la necesidad de conocer y no de entender. Nunca, por ejemplo, Menéndez Pidal ha planteado el problema de la *naturaleza del lenguaje*. Y es lógico que así sea: para las necesidades prácticas de sus trabajos no era imprescindible hacerlo. Amado Alonso aunque de espíritu más teórico, ha trabajado siguiendo en general las directivas fijadas por otros lingüistas.

Los capítulos IV, V, VI y VII que son los más originales del libro, basan su originalidad en el estar contruídos como sistematizaciones de los hallazgos teóricos hechos por M. Pidal en la medida en que fué desarrollando sus trabajos sobre problemas concretos.

Todavía haremos notar otros dos aspectos:

Para el autor de este estudio parece que la Glosemática no existiera. Ni en los capítulos iniciales —donde era casi forzoso referirse a ella— ni posteriormente, hay referencias o alusiones a ello.

Y otro detalle no muy importante, pero importante para explicarse muchos de los defectos —y virtudes— de este libro: en todo él hay una especie de exaltación y propaganda de las investigaciones realizadas por los sabios españoles, exaltación y propaganda que a veces es inesperada o innecesaria. En la página 42 escribe: “Aquella tajante división, que tanto *Unamuno* como *Saussure* establecen...” Véase también la larga nota puesta al pie de la página 82 destinada a probar la excelencia de algunos hallazgos de M. Pidal porque son citados íntegramente por Iorgu Iordan. Y otro ejemplo: “El estudio de *Orígenes sobre ei-e*, cuyo pensamiento hemos glosado aquí... fué tomado como texto modelo por *L. Spitzer* en su *Meisterwerkke der romanischen Sprachwissenschaft*, München, 1929...”, página 87, nota 1; y hay otros ejemplos.—*Guillermo Araya*.



“UN PUEBLO EN LA CRUZ”, por *Alberto Ostria Gutiérrez*

Acaba de aparecer *Un pueblo en la cruz*, (Editorial del Pacífico, Santiago, 1956), del distinguido escritor y ex diplomático boliviano

Alberto Ostría Gutiérrez, quien, en su brevísimo proemio, nos advierte que “En Bolivia hay un drama y una farsa”. En efecto, el drama aparece ante los ojos del lector desde las primeras páginas con el derrocamiento del Presidente de la República, general don Enrique Peñaranda, y la farsa con las declaraciones de fe democrática de los gobernantes mientras ponían en práctica los peores procedimientos de los regímenes totalitarios: crueldades, purgas, asesinatos, encarcelamientos, deportaciones, secuestros y aceite de ricino.

Los hechos y sucesos dramáticos se suceden en la obra con un realismo impresionante, angustioso a ratos, manteniendo un ritmo acelerado que desborda de las páginas e impide que el lector logre tomar aliento en aquel vertiginoso e interminable *tobogán* de un pueblo lanzado hacia el abismo de los motines, revoluciones y cuartelazos intestinos, después de haber sufrido un largo y sangriento *viacrucis* en las selvas del Chaco.

*Un pueblo en la cruz* es un libro apasionante, que nos enseña más que muchos textos de historia sobre la vida política, las esperanzas, los dolores y las angustias de un pueblo que lucha heroicamente, con varonil entereza, para encontrar su destino. Las revoluciones se suceden vertiginosamente. Aún no termina una cuando se está incubando otra en las sombras protectoras. Se diría que el clima político de Bolivia es una constante conspiración. Elocuente es el dato de que en 118 años de vida independiente haya tenido 191 movimientos revolucionarios. No creemos que este record sea superado en nuestra América Latina, tierra de cuartelazos.

El Palacio Quemado ha sido teatro y escenario de sangrientos sucesos, debiendo su sugestivo nombre a los resultados de una de las numerosas revoluciones y cambios de mandatarios que se han sucedido dentro de sus muros. Ostría Gutiérrez, más que un historiador, es un novelista de garra, que sabe narrar con precisión y profundidad no exenta de elegante corrección. Objetivo en sus apreciaciones para referirse y mostrar el drama de Bolivia, jamás cae en la diatriba para condenar a los causantes de inmensos e irreparables

daños al pueblo de su patria, pero a través de las páginas de su libro se advierte fácilmente su profundo amor a la justicia y a la libertad.

El capítulo de "La Revolución Libertadora", julio de 1946, en la que el coronel Gualberto Villarroel, después de ser salvajemente golpeado es arrojado hacia la calle desde el balcón presidencial y colgado de un farol para calmar las iras del pueblo, en compañía de sus más leales servidores, el capitán Waldo Ballivián y el subsecretario Luis Uría, es profundamente dramático y aleccionador. El mundo civilizado se estremeció de espanto al conocer los detalles de ese terrible hecho político, que constituyó el trágico y lógico epílogo de un jefe de gobierno que permitió que sus subordinados cometieran los más atroces crímenes que se conocen en la agitada historia política de los países sudamericanos.

Los grandes protagonistas de esos estallidos desesperados contra la tiranía y la crueldad adoptados como sistema son, como siempre, los universitarios y el pueblo, apoyados por la pluma decidida y valiente de periodistas y poetas, que marchan a la vanguardia de la libertad y la justicia en todas las latitudes, salvo escasos mercenarios, reclutados entre la ciénaga social.

Estremece y rebela conocer los escalofriantes detalles de los asesinatos de políticos, militares, obreros y estudiantes en los negros días de la dictadura nazi-fascista del Presidente Gualberto Villarroel, con sus métodos de refinada crueldad para castigar a los adversarios políticos y dominar las esperanzas del pueblo.

La horrorosa y merecida muerte del mayor Jorge Eguino y el capitán José Escobar, jefes de la policía boliviana en aquella época, a manos de la multitud enardecida que asaltó el Panóptico, donde estaban reclusos, para hacerse justicia por su propia mano, es una severa lección para las Gestapos criollas y "Policías Políticas" que mancillan la limpia democracia que debe imperar en nuestra América.

En el capítulo "La senda democrática", hay un pequeño respiro. En 1947 es ungido Presidente de la República el doctor Enrique Hertzog, demócrata de corazón y amante de su pueblo Pero sus es-

fuerzas para gobernar fueron estériles. Abrumado por numerosos factores adversos, luchando contra los conspiradores ocultos en la sombra, agotado, con los nervios destrozados, renunció a su alto cargo entregando el poder en manos del Vicepresidente Urriolagoitia. El breve paréntesis de calma terminó bruscamente con la guerra civil, en la que participaron decisivamente los mineros del estaño unidos en torno a su abanderado Juan Lechín Oquendo, miembro del MNR, es decir, de la fracción totalitaria nacistra que aspiraba al poder político de la nación.

En el capítulo "Historia de una traición", el autor hunde su escarpelo de escritor en los acontecimientos y en los hombres que prepararon el camino para el resurgimiento del naci-fascismo boliviano, personificado en la figura de don Víctor Paz Estenssoro, proclamado Presidente de la República por el pueblo después de la revolución del 9 de abril de 1952.

El autor, al narrar los acontecimientos objetivamente, no puede dejar de reconocer, con documentos y citas de diarios y revistas, la poderosa influencia justicialista en el movimiento revolucionario boliviano. Los acontecimientos se suceden vertiginosamente y vienen en seguida los espectaculares actos de la nacionalización de las minas y la reforma agraria. El país, al comienzo, miró con franca simpatía la nacionalización de las minas, hastiado de la prepotencia de los "barones del estaño", formados por "La Rosca", de la indigencia de millares de mineros y de su dependencia económica en el comercio internacional. Las diferencias económicas eran pavorosas. Para comprobarlo, el autor dice que mientras los mineros vivían en pocilgas, seis o siete personas en cada "habitación", ganando salarios de hambre, uno de los multimillonarios, propietario de las minas de estaño, don Simón I. Patiño, en cierto momento llegó a tener más renta que el Estado boliviano.

Pero no todo resulta de acuerdo con las aspiraciones de los gobernantes y las esperanzas de los pueblos. La nacionalización de las minas de estaño era un problema mucho más complejo de lo que se imaginaban los teóricos del MNR, y pronto tuvieron que ceder el

paso a los antiguos propietarios y accionistas y solicitar la cooperación económica de los Estados Unidos para salvar de la ruina al país y a los minerales de estaño.

Interesantísimo es también el capítulo sobre “La Reforma agraria”, destinada a salvar al indio de su condición de paria en el agro boliviano. La ceremonia de la entrega de la tierra a los indios, es descrita por Ostria Gutiérrez en estos términos: “El Presidente de la República se cubrió la cabeza con un gorro de indio, cogió un haz de trigo, mascó unas hojas de coca y derramó un vaso de chicha, haciendo ofrenda a la “pachamama” (madre-tierra), al modo incaico” (3-VIII-53).

No obstante esa ceremonia idílica, pronto comenzó el terror en los campos del Altiplano, con asesinatos, abusos, crueldades e injusticias derivadas de la impunidad y el deseo de venganza sembrado en el alma de los indios que abandonaron sus melancólicas quenás por los bélicos “pututus” para empuñar el fusil proveniente de los arsenales militares.

Es difícil analizar someramente este libro apasionante, digno de un ensayo. Alberto Ostria Gutiérrez, en cerca de 400 páginas de nutrida y apasionante lectura, nos muestra detalladamente un interesante espacio de la historia boliviana, desde 1943 hasta la fecha. Como epílogo de la sangrienta y dolorosa historia de ese período, el autor expresa que “en Bolivia no hay sino una verdad: la verdad oficial. Es decir, el partido de gobierno, el partido único, el MNR”. El sombrío cuadro del pueblo boliviano no ha terminado. El autor, con amarga experiencia, así lo afirma con visible escepticismo, en el que brilla una lucecilla de esperanza: “Es solamente la hora 24, llena de sombra y angustia. Tras ésta vendrá la hora número uno: será el amanecer...”

Finalmente, diremos que *Un pueblo en la cruz* está destinado a tener la resonancia continental y el éxito de *Entre la libertad y el miedo*, de Arciniegas y *América Latina entre en escena*, de Mendé. El libro de Ostria Gutiérrez, valiente, necesario, muestra al desnudo las miserias y grandezas de un pueblo hermano que mira hacia el

porvenir con ojos esperanzados y busca desesperadamente, heroicamente, el camino de su redención política y humana.—*Gonzalo Drago*.

“ANTOLOGÍA DE CUENTOS DE LA LITERATURA UNIVERSAL”, de *Gonzalo Menéndez Pidal* y *Elisa Bernis*

Es este un volumen de 1,050 páginas publicado por Editorial Labor en tercera edición en 1955. La primera data de 1953, y la segunda, de 1954. La selección del material y las notas pertenecen a Gonzalo Menéndez Pidal y a Elisa Bernis. El estudio preliminar, de 22 páginas, a Ramón Menéndez Pidal.

El ilustre filólogo no se plantea problemas de estética literaria en relación con el género “cuento”, bastándole remitirse a la distinción que el canónigo del *Quijote* hacía entre las *fábulas milesias*, “que son cuentos disparatados que atienden solamente a deleitar y no a enseñar, al contrario de lo que hacen las *fábulas apólogas*, que deleitan y enseñan juntamente”.

Y continúa, siempre apoyándose en Cervantes —esta vez en el *Coloquio de los perros de Mahudes*: “Los cuentos, unos encierran y tienen la gracia en ellos mismos, otros en el modo de contarlos; quiero decir que algunos hay que, aunque se cuenten sin preámbulos y ornamentos de palabra, dan contento; otros hay que es menester vestirlos de palabras, y con demostraciones del rostro y de las manos y con mudar la voz, se hacen algo de monada, y de flojos y desmayados se vuelven agudos y gustosos”.

Entre los primeros, estarían aquellos que piden a un recitador profesional, como los fabuladores que actuaban en el antiguo mundo greco-romano, o los que actúan hoy en Italia y en los países árabes. “En cambio —continúa Menéndez Pidal— los cuentos que no necesitan adornos accesorios en su forma expositiva, los que tienen su gracia en sí mismos, los que nada exigen a la inventiva del narrador, son